Cita en Hampstead

Amador Cuesta

Cita en Hampstead

Amador Cuesta

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2026
©Amador Pedro Cuesta Perandones, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:9791388449321
THEMA: FBA — FBC — FBJ — D
DEPÓSITO LEGAL: M-25426-2026

A María, que permanece viva en mi recuerdo.

A mi hijo Carlos, por el tiempo
y la paciencia que me ha dedicado.

A David, Carmen, Marina, Aitana y Valentina,
con los que espero visitar Hampstead.

A Ezequiel Teodoro y María Loreto Navarro,
por su inestimable ayuda en la edición de la obra.

A todos los familiares y amigos que creen en mí.

Hampstead

Con la crisis del 2008 y 2009, habían cerrado muchos negocios inmobiliarios en Torrevieja, la población alicantina que más había crecido en la costa mediterránea. No obstante, Juani Navarro había conservado su puesto de trabajo en la pequeña oficina inmobiliaria del centro de Torrevieja, y sabía que lo iba a seguir conservando.

Delante del ordenador se preguntaba de dónde había obtenido su jefa, Elisa, licenciada en Arte, la curiosa habilidad para convencer a los clientes más diversos de realizar operaciones de compraventa o alquiler, a veces de poca cuantía, otras veces realmente osadas de más de 600.000 euros, cifra que muchos inmobiliarios consideraban que era el listón de las grandes operaciones.

Sonó el teléfono fijo que tenía al lado del ordenador. Era Elisa.

—¡Elisa! ¿Qué tal? —dijo a modo de saludo sin apenas entonación, con el automatismo propio de pronunciar esas mismas palabras o muy similares varias veces al día los días laborables.

—¡Hola, Juani! ¿Qué tal estás? ¿Hay algo nuevo para mí? —El tono de su jefa era, como siempre, jovial, tanto que podría parecer superfluamente optimista, como para demostrar siempre que estaba de buen rollo, como frecuentemente le decía.

—No, no hay nada nuevo de momento.

—El sábado me voy a Londres. ¡Diviértete, Juani!

—¡Vale! ¡Buen viaje! ¡Pásalo bien, Elisa!

Al principio, la empleada inmobiliaria había creído que los viajes repetidos de su jefa a Londres se debían más a una especie de esnobismo trasnochado, por otra parte, muy propio de ella, que a cualquier otro motivo, pero desde hacía un tiempo sospechaba que había otras razones más prácticas y terrenales.

Frank Straw se preguntaba en Londres por qué Elisa tenía la curiosa manía o costumbre de verse con él a la misma hora y en el mismo lugar, siempre hacia las tres de la tarde, en el *Bed and Breakfast* de Zena de Hampstead, barrio situado al norte de Londres con viejas mansiones victorianas y cierta tradición intelectual y literaria.

Desde hacía unos nueve años, Frank tenía una estrecha relación comercial con Elisa. Él captaba los clientes en el Reino Unido y ella remataba la operación en España mostrando zalameramente las propiedades en venta en Torrevieja con su inglés bien aprendido, pero con marcado acento extranjero. Generalmente los británicos quedaban encantados con ella, tanto si se realizaba la operación como si no.

Elisa había nacido en Madrid en los años sesenta. Sus padres eran gallegos, ambos trabajadores, él en Renfe y ella como recepcionista en una clínica privada. Siempre habían vivido en la avenida de la Ciudad de Barcelona, muy cerca del barrio de Vallecas. Ella siempre alardeaba de considerarse «una chica de barrio». Tenía un solo hermano, Luis, al que se sentía muy unida. Los dos hermanos habían conseguido estudiar en la universidad, ambos, en el ramo de humanidades, ella Arte, y él Historia.

Elisa siempre había sido considerada por su entorno como una chica atractiva físicamente, con ese tipo de atracción no pasional: una mezcla de belleza física y de cierta seducción intelectual. Era más bien alta, con pelo castaño, casi rubio, con rasgos suaves

en la cara, ojos claros muy expresivos y siempre estaba en movimiento. Era delgada, con cuello estilizado y nalgas y piernas duras a base de repetidas sesiones de gimnasio. En la actualidad se había añadido el misterioso encanto de la madurez. Según muchos de sus conocidos se había transformado en una mujer interesante, curioso concepto que implicaba una serie de cualidades muy sutiles: ilustración no pedante, personalidad bien formada, seguridad económica, aspecto deportivo y sano, en definitiva, todo lo que podía atraer a un hombre con cierta edad, anhelante de alguna experiencia más consistente que el deseo carnal efímero, pero no tan monótona y aburrida como el núcleo familiar clásico, contaminado de suegros, cuñados, niños, etc.

Aquellos encuentros londinenses entre Frank y Elisa eran precisamente todo lo que se podía esperar de dos personas de sexo opuesto de edad media con muchas afinidades, sin ataduras familiares y con el tema económico resuelto.

Aquel sábado de mediados de octubre Elisa se había adelantado algo a su horario habitual. Hacia las dos y cuarto, la española anunciaba por el móvil a Frank que estaba llegando a Hampstead.

Efectivamente, a los pocos minutos un taxi londinense dejaba a Elisa a la entrada del *Bed and Breakfast* de Zena.

En el interior, Frank estaba charlando con Zena, la dueña del establecimiento, de lo difícil que estaban los negocios en el Reino Unido en aquel año de crisis financiera mundial.

—¡Hola, Frank y Zena!... Ya estoy en casa —soltó con jovialidad en inglés Elisa y, a continuación, añadió en español—. ¡Viva España! Siempre saludaba con expresiones similares. Su estado natural era el optimismo. La guasa y la broma eran muy habituales en sus saludos.

—¡Mi española ardiente...! —replicó Frank también en castellano con fuerte entonación inglesa y aire igualmente distendido.

—¿Cómo que española ardiente...? Si estoy congelada con este tiempo horroroso que tenéis en esta ciudad.

—Sí, pero te gusta.

—Claro que me gusta. Me encanta la lluvia, los pubs decadentes y especialmente este barrio, Hampstead.

Zena, con una amplia sonrisa, y el mismo tono expresó:

—Mi querida Elisa... ¡Bienvenida a la decadencia y a Hampstead!

La española ya había endosado un beso en la mejilla a su amiga y posteriormente a Frank, que por su parte añadió:

—Está bien. Vamos a la habitación.

El cuarto alquilado era el mejor y más amplio del establecimiento. Disponía de cuarto de baño de gran tamaño, quizá algo anticuado para el gusto español. La cama también era grande con un holgado colchón muy confortable. Las enormes ventanas victorianas, con gruesas cortinas verdes oscuras, daban directamente hacia el extenso y magnífico parque, el Hampstead Heath Park.

Todo el mobiliario infundía a la habitación un viejo aire de firmeza y estabilidad, todos los muebles parecían muy sólidos, incluida una mesa de estudio, un sifonier y el armario de madera oscura que disponía de cajones muy profundos, alzados un palmo del suelo. Por encima de los cajones, el perchero colgador también era amplio. Todo parecía dispuesto para guardar mucha ropa y objetos diversos. Además, en la pared, encima de la mesa, había instalado un monitor de televisión plano de cuarenta y tres pulgadas.

Elisa dejó el equipaje sobre el suelo enmoquetado y conectó el móvil. Inmediatamente sonaron cuatro mensajes de voz. El primero de Juani, la empleada de la inmobiliaria.

—Elisa, han llamado los rusos comentando que quieren verte el martes. Quieren que les ayudes en el papeleo de contratación de luz, agua, etc. Les he dicho que vengan el martes hacia las once.

Pasó al siguiente mensaje.

—Lisi, quiero hablar contigo. ¡Hasta ahora!

De inmediato devolvió la llamada a su hermano Luis, que era la única persona que le llamaba «Lisi».

—Luis, ¿qué tal?

—Bien, ¿has llegado a London?

—Sí, estoy ya en Hampstead, está lloviendo, como siempre.

—Lo pasarás bien, como siempre. Oye, si te acuerdas y tienes ocasión, tráeme alguna versión de música de los Beatles, algo que a ti te parezca curioso.

Su hermano era un auténtico maníaco de los Beatles, quizá por su edad, cincuenta y tres años y por la gente que le rodeaba desde los años del colegio Maravillas de Madrid, todos ellos fanáticos de la música de los sesenta. A él solo le interesaba de esa década el cuarteto de Liverpool. Encontraba algo absolutamente mágico en esa música, que en sus comienzos era aparentemente simple, de guitarras y batería con voces, a veces chillonas, a veces melódicas, frecuentemente gamberras y siempre misteriosamente comunicativas y realmente fantásticas. Llegaban a la gente con una fluidez y naturalidad impresionantes. En los últimos años cuando dejaron los conciertos y añadieron a su música teclados, instrumentos de cuerda clásicos y trompetas, sus composiciones subieron directamente a los cielos.

—¿Qué vas a hacer esta tarde, Luis?

—Voy a escribir un artículo para *Crónica*, quizá sobre los Beatles.

Elisa sabía muy bien lo que significaba la publicación *Crónica* para su hermano.

—¡Vale, cuídate! ¡Aplícate bien en el artículo para *Crónica*! ¡Te llamo mañana, Luis!

—¡Un beso, Lisi!

El siguiente mensaje de voz era de los rusos, a los que había vendido esa misma semana un fabuloso chalet en la costa por un millón ochocientos mil euros:

—¡Elisa! Soy Serguei. Necesitamos contactar contigo.

A ellos no les devolvió la llamada. Estaba en tiempo de ocio.

La cuarta llamada era de Nico, entrañable e íntimo amigo, dedicado también al negocio inmobiliario en Torrevieja:

—¡Laissa! ¿Qué tal estás? Ya sé que te has ido a Londres, ya hablaremos.

Nico siempre le llamaba Laissa, intentando imitar en clave de humor la pronunciación inglesa de Liza. Era curioso, cada persona que le rodeaba, le llamaba de una forma diferente, pudiendo identificar la llamada sin necesidad de mirar la pantallita del móvil.

Su hermano Luis le llamaba Lisi, su madre y su tía, Lisita, Frank se dirigía a ella pronunciando los vocablos Eli o Elisa, dependiendo del momento de intimidad en que se encontraran. Para Juani, la empleada de la inmobiliaria, era simplemente Elisa; nunca habían intimado.

Nico, en realidad Nicomedes Fuentes, había nacido en un pueblo de la provincia de Palencia y había recorrido diversos países de Europa con diversas actividades y empleos. Siempre había dicho que llamarse Nicomedes era una pesada carga para un joven que tenía que ligar y desenvolverse en la vida por Europa o fuera de su pueblo natal. Siempre había que explicar algo del porqué de su nombre. Frecuentemente suscitaba algún comentario

jocoso. Desde hacía mucho tiempo sentía una especie de secreta autocomplacencia y regodeo con su nombre, aun siendo tan raro. Cuando iniciaba el trato con sus clientes, casi siempre se dirigían a él llamándole Nicolás o don Nicolás. No les corregía y esperaba a observar su cara cuando veían en su tarjeta o en algún impreso el nombre Nicomedes. También le llamaban de otras formas. Su íntimo amigo de la infancia que vivía en Alicante como él, le llamaba «Medas».

Elisa decidió posponer la devolución de la llamada de Nico a la noche, con más tranquilidad. Tenía cierta prisa en deshacer la pequeña maleta de tamaño estándar que siempre usaba en los aviones para librarse de la facturación.

No tardó mucho en colocar ordenadamente la poca ropa que traía en el inmenso armario.

Frank tenía los ojos puestos sobre la pantalla de televisión que emitía un partido de críquet, pero en realidad estaba ensimismado en sus pensamientos.

—¿Qué dices, Elisa?

—¿Planes? —preguntó ella.

—Pues..., en realidad había pensado... —murmuró Frank.

—No me digas que hay partido en Stamford Bridge...

—Pues sí. «Los blues» juegan con el Tottenham.

—Vale, iremos a ver al Chelsea, pero mañana elijo yo.

Frank Straw, físicamente alto, con pelo oscuro, y cara de aspecto inglés, con expresión de pillo, había nacido en Londres en el seno de una familia de clase media-baja. Se había criado en el centro, en una calle aledaña a la estación Victoria y desde niño era un entusiasta fan del club de fútbol Chelsea, equipo de barrio, que por aquel entonces no ganaba ningún trofeo, aunque sí hacía suficientes méritos para mantenerse en la primera división inglesa,

la que desde hacía unos años se llamaba «Premier», muy popular en los últimos años con multitud de seguidores en todo el mundo.

Desde hacía unos seis años, y a raíz de la adquisición del club de fútbol por el magnate ruso Roman Abramovich, las cosas habían cambiado y el Chelsea había ganado varios títulos en la Premier League y en la Copa Inglesa. Además, era uno de los grandes de la Champions: había llegado en cuatro ocasiones a las semifinales y en el año 2008 había jugado la final en Moscú contra el Manchester United. Para desgracia de sus seguidores, perdió en la tanda de penaltis debido a un inoportuno resbalón de John Terry. En la liga actual 2009-2010, por el momento había ganado casi todos los partidos e iba el primero en la clasificación. El entrenador Ancelotti procedente del Milán parecía hacerlo bien.

Frank no tenía estudios universitarios, pero socialmente se expresaba muy bien, desenvolviéndose perfectamente y con fluidez en todo tipo de ambientes, incluyendo el de los titulados superiores. Poseía esa inteligencia natural espontánea tan importante y útil en las relaciones públicas, que por otra parte había cultivado con profusión, empapándose de conocimientos variados de todo tipo, algunos no muy académicos, pero que, junto con la lectura diaria de la prensa escrita, le habían conferido ese mínimo soporte de cultura general tan necesario y conveniente en ese mundo suyo de clase media ilustrada.

En su juventud, había ayudado a su padre en un tenderete de bocadillos a la salida del metro de Piccadilly. Más tarde, trabajó como empleado en una inmobiliaria situada muy cerca de Charing Cross. Al principio realizaba tareas relativamente simples, como atender las llamadas telefónicas, dejar notas para su jefe y hacer algún recado fuera de la oficina, pero poco a poco fue conociendo el oficio y finalmente obtuvo el título de «*estate agent*».

A los veinticinco años conoció a Susan, licenciada en Publicidad, en una fiesta en el Soho, atractiva y con carácter muy «British». Se las arregló para quedar con ella.

Hubo varias salidas hasta que la relación se afianzó. Dos años más tarde se casaron y pidieron un crédito para establecer su propia agencia inmobiliaria en el barrio de Bloomsbury, muy cerca del Museo Británico.

Pronto vio el negocio con España, los británicos sentían auténtica pasión por ese país. Lo clásico de sol, paella, vino barato y diversión nocturna funcionaba a las mil maravillas.

Al principio, los ingleses viajaban a España para disfrutar de unas soleadas y locas vacaciones, pero a base de repetir el viaje se dieron cuenta de que era un magnífico país para vivir. Disponía de sólidas infraestructuras, buenas comunicaciones y excelente atención sanitaria en los hospitales públicos, no así en los centros ambulatorios.

A Frank le llovían las peticiones para adquirir viviendas y propiedades en España. Centró su actividad en la Costa Blanca alicantina y fue entonces cuando conoció a Elisa.

—El partido empieza a las cinco de la tarde, pero podemos ir ya hacia el metro —anunció Frank.

—Ok, «*Chelsea boy*» ¡A sus órdenes!

El móvil de Frank sonó. Por la expresión de su cara y el tono bajo de su voz en inglés, Elisa se dio cuenta de que era su hija, Elizabeth, que a los diecisiete años, había prácticamente salvado la adolescencia sin grandes altercados. Frank continuó hablando durante un rato, articulando esencialmente monosílabos y alguna palabra cariñosa.

Hizo una pequeña interrupción y desvió levemente la mirada hacia Elisa.

—Elizabeth dice que no puede vernos, hoy sale a cenar con sus amigas al centro y mañana va con su madre al campo, a Surrey.

—Dale un abrazo de mi parte.

—Besos de Elisa. ¡Elizabeth, te quiero!

Tras colgar, hizo varias llamadas a sus amigos del Chelsea, para tomar una bebida antes del partido.

Pocos minutos después estaban en la estación de metro de Hampstead. Tardaron más de media hora en llegar a Fulham Broadway, la estación más cercana al estadio. Aunque faltaba más de una hora para que empezara el partido, estaba atestada de gente con camisas azules del Chelsea con la inscripción «Samsung». También se podía ver a numerosos fans del club rival Tottenham con camisas blancas y la inscripción publicitaria «Mansion».

«Sus chicos del Chelsea», como él los llamaba, lo formaban un grupito de siete tipos londinenses, que de forma espontánea se habían unido para pasar juntos un rato antes de los partidos. Se conocían desde hacía años, rondaban entre los cuarenta y cincuenta años. Alan fue el primer enlace de Frank, ya que se dedicaba al negocio de seguridad privada y su empresa estaba ubicada justo al lado de su oficina inmobiliaria en Bloomsbury.

Por diversas relaciones de cada uno, se fueron añadiendo John y su novia Carol, además del hermano de ésta última, que también se llamaba John. Asimismo, desde hacía un tiempo se añadió al grupo Tony, dueño de un negocio dedicado a la importación de alfombras.

Se reunieron en Frankie's bar, restaurante adosado al estadio Stamford Bridge, junto a los dos coquetos hoteles propiedad del club. El interior del bar estaba atestado de clientes, aun así, consiguieron pedir y alcanzar de la barra cuatro pintas de cerveza

«lager», dos de «Guinness» y un agua tónica, esta última para la española.

A Elisa no le gustaba el fútbol, le parecía un juego muy simple y básico, algo entre infantil y tribal, con innecesaria brutalidad física, pero iba a los partidos del Chelsea con gusto; consideraba que era un interesante espectáculo sociológico, especialmente en lo referente al sentimiento y pasión que los seguidores de cada equipo mostraban en las gradas del estadio. Parecía algo necesario para la sociedad, como una especie de ilusión o meta colectiva. Estaba claro que la gente precisaba compartir pasiones, fueran las que fueran y el fútbol era el deporte más popular en Europa.

A Elisa le gustaba la reunión previa en el Frankie's. Todos los del grupo eran muy simpáticos y bromistas, y además tenía la ocasión de practicar un inglés más coloquial.

El bar, de decoración moderna, tenía instalados varios monitores de televisión para seguir los partidos. Se le podía considerar un lugar agradable, quizá un poco ruidoso antes de los encuentros y tenía una parte dedicada a restaurante, en el que habían cenado en alguna ocasión.

Siempre que entraba en el Frankie's, Elisa rememoraba su tierna juventud y sus salidas a las discotecas en Madrid. Del techo del bar, colgaban bolas con espejitos que giraban y desprendían lucecitas en todo el local como si fueran estrellitas. En los años setenta y ochenta, en casi todas las discotecas españolas disponían de este artilugio colgante para la hora «del lento» o «agarrado» que decían otros. A Elisa le parecía que allí no pegaban nada, a pesar de lo cual, el ambiente de camaradería del Frankie's era único.

Finalmente entraron en el estadio y presenciaron un triunfo más del Chelsea, que ganó (3-0) gracias a los goles de Lampard, Anelka y Drogba.

Se despidieron del grupo a la salida. Todos estaban visiblemente satisfechos y pletóricos por la victoria del equipo de sus sueños. Podrían retirarse felices a sus domicilios. Ellos por su parte decidieron ir a cenar al céntrico barrio de Mayfair, localizado al este del Hyde Park. Escogieron un local situado por las calles traseras del famoso y lujoso hotel Dorchester.

La comida no era precisamente exquisita, pero el restaurante era decadentemente atractivo, con ese tipo de decoración deliberadamente anticuada, con maderas oscuras y sillas tapizadas con tela verde, y por supuesto, con una velita en cada mesa. Se respiraba un cierto aire romántico de parejas infieles y ligues ocasionales, todo ello en un ambiente con aroma de civilizado, en que la discreción se consideraba un valor en sí mismo. Se hablaba muy bajo y de vez en cuando se oía alguna risita.

Tras un pequeño paseo por el céntrico barrio, se retiraron a Hampstead. Estaban rendidos y fueron directamente a la cama. Poco tardaron en dormirse.

Las mañanas en la casa de Zena, eran siempre gloriosas, aunque no saliera el sol. No había edificios enfrente, por lo cual el esplendor y apogeo de la vegetación del parque se hacían claramente patentes, como si la mansión victoriana formara parte intrínseca y por lo tanto, no prescindible, de ese increíble bosque urbano, auténtico privilegio inestimable, no solo de Hampstead, sino de toda la ciudad de Londres.

Los grandes ventanales de la habitación que compartían la española y el inglés, daban directamente al este y por lo tanto la primera claridad de la mañana se deslizaba a través de los huecos que había entre las cortinas.

Cuando Elisa empezaba a desperezarse, Frank ya llevaba despierto un buen rato esperando el momento del placer.

Fue increíble la primera vez que se acostó con Elisa. Nunca habría imaginado que esa chica tan culta, encantadora y hasta romántica sufriera esa transformación en el momento sexual.

Tuvo lugar en su piso de Torrevieja, tras una cena con varios inmobiliarios en el restaurante «Dunas».

Frank se prestó a llevarle a su casa en su coche alquilado, y ella le invitó a la última copa. No hubo tal copa. Una vez traspasada la puerta del piso, se desnudaron mutuamente con la urgencia e inmediatez del placer, al más puro estilo Michael Douglas en las películas.

La erección de él fue evidente desde que Elisa deslizó la mano por el slip. La piel de ella quemaba de excitación. Una vez desnudos, y antes de tumbarse en la cama, apretaron sus cuerpos fuertemente como un baile agarrado sin ropa. El tieso pene de él contactaba con el bajo vientre de ella. Se juntaron las lenguas y se lamieron el cuello, cara y orejas.

Ya en la cama, continuaron deslizando la lengua de uno y otro por la totalidad del cuerpo de ambos. Los musculosos muslos de Frank se entrelazaron con los de ella. Las manos del inglés agarraron fuertemente los firmes glúteos de gimnasio de Elisa. Frotaron sus piernas y él pasó su rodilla por la entrepierna de ella. Elisa le pidió algo. A él le pareció bien. Se sentó en cuclillas encima de ella y deslizó su fuerte erección por todo el cuerpo de ella incluyendo nuca, orejas, ojos, cuello, pechos y ombligo. También pasó su miembro por los pies, piernas y por supuesto, por el pubis, donde se entretuvo un poco más.

Lo de menos fue la penetración y el momento final. El rato había sido maravillosamente inolvidable, extraordinario.

A partir de aquel momento empezó la relación. Él ya llevaba separado desde hacía dos años y ella estaba libre: había tenido un

solo novio estable en Madrid antes de su traslado a Torrevieja; por supuesto había tenido relaciones esporádicas que nunca habían cuajado claramente, ni en compromiso, ni tan siquiera en la mínima estabilidad necesaria que supusieran cierta continuidad.

Lo del *Bed and Breakfast* de Zena en el barrio de Hampstead de Londres ocurrió en su primera cita en la capital británica en la que Frank quiso ambientarla en un lugar romántico y original no conocido por Elisa.

Tan romántico y encantador le pareció a ella que no se cansaba de repetir una y otra vez que, si alguna vez se perdía, le buscaran allí. «¿Dónde? ¿En Londres?», preguntaba Frank. «No, si me pierdo, buscadme en Hampstead y más concretamente en casa de Zena», contestaba convencida Elisa, que no disimulaba su pasión por aquella mansión victoriana tan genuinamente integrada en ese entorno tan silvestre y al mismo tiempo civilizado, extraña mezcla que se plasmaba en el barrio de Hampstead.

Y allí estaban los dos en la cama esperando encarar aquel domingo de octubre.

Por supuesto, ese día también hubo sexo. Deslizaron sus cuerpos, uno contra otro un buen rato, empleando las yemas de los dedos y la lengua en las zonas más sensibles, aquel día casi en silencio con pequeños susurros, en otras ocasiones, la expresión verbal la hacían más explícita y patente, profiriendo locuciones manifiestamente vulgares como «cabronazo», «qué guarra eres», «mamona», etc., esto, les excitaba claramente como si fuera una transformación inevitable y necesaria de su lado exclusivamente instintivo, pues nunca las utilizaban en la vida diaria.

Se ducharon relajadamente y se vistieron con ropa informal dominguera muy a lo «*casual wear*», ella vaqueros invernales y